

Por lo demás, parece que ese cuadro no ha sido suficiente al hombre de gusto que ha decorado la habitación que yo ocupó; al lado de mi ventana abrió otra, como para hacer juego con la mía sin duda: es una imagen representando dos grandes candeleros colocados en tierra con esta inscripción: *Vista de Paris*. A fuerza de devanarme los sesos he descubierto que, en efecto, era una vista de la barrera del Trono.

La cosa es muy parecida.

El día de mi llegada visité la iglesia, que es bella en el interior, pero está horriblemente revocada. El emperador Valentiniano y un hijo de Federico Barbaroja fueron enterrados en ella. No queda ningún vestigio. Un hermoso Cristo en la tumba, de completo relieve, figura de tamaño natural, del siglo quince; un caballero del siglo diez y seis, de medio relieve, pegado á la pared; en un desvan, un montón de figuritas iluminadas, de alabastro gris, restos de algún mausoleo admirable del Renacimiento: esto es todo lo que un campanero giboso y alegre ha podido enseñarme por el pedacito de cobre plateado que representa aquí treinta sueldos.

Ahora es preciso que te cuente una cosa real, un encuentro más bien que una aventura, que ha dejado en mi espíritu la impresión velada y sombría de un sueño.

Saliendo de la iglesia, que dá casi al campo, he dado la vuelta á la ciudad. El sol acababa de ponerse detrás de la alta colina, cultivada y poblada de árboles, que fué un montecillo de lava en los tiempos anteriores á la historia y que es hoy una cantera de basalto muelero, que dominó Artonacum hace dos mil años y que domina hoy Andernach, que vió borrar sucesivamente la ciudadela del prefecto romano, el palacio de los reyes de Austrasia, desde cuyas ventanas los príncipes de estas sencillas épocas pescaban carpas en el Rhin; la tumba imperial de Valentiniano, la abadía de las hijas nobles de Santo Tomás, y que ahora vé desmoronarse piedra tras piedra las viejas murallas de la ciudad feudal de los electores de Tréveris.

Seguí el foso que rodea estas murallas, á las que las casuchas de los campesinos se arriman familiarmente hoy, y que solo sirven para abrigar contra los vientos del Norte los cuadros de coles y lechugas. La noble ciudad desmantelada tiene todavía sus catorce torres redondas ó cuadradas, pero convertidas en

pobres viviendas de jardineros; los muchachos medio desnudos se sientan para jugar con las piedras caídas, y las jóvenes se asoman á la ventana y charlan de sus amores por las troneras de las catedrales. El castillito formidable que defendía á Andernach por la parte de Levante solo es ya una gran ruina, que recibe melancólicamente todos los rayos del sol ó de la luna por los vanos de sus ventanas desfondadas, y el patio de armas de ese parque de guerra está invadido por un magnífico césped verde, donde las mujeres de la ciudad hacen blanquear en el verano la tela que han hilado en el invierno.

Después de haber dejado detrás de mí la gran puerta ojiva de Andernach, acribillada de agujeros de metralla ennegrecidos por el tiempo, me he encontrado en la orilla del Rhin. La fina arena cortada por pequeñas alfombras de yerba me invitaba á dar una vuelta, y decidido á ello, me he subido lentamente por la ribera hácia las colinas lejanas de la Sayn. Las primeras horas de la noche eran de una dulzura encantadora; la naturaleza se calmaba al tiempo de dormirse. Las avejillas venían á beber en el río y huían á los mimbrerales; yo veía por encima de los campos de tabaco pasar por estrechos senderos carromatos tirados por bueyes y cargados de esa piedra basáltica con la que Holanda construye sus diques. Cerca de mí estaba amarrado un buque de un puente de Leutersdorf, que llevaba en su proa esta austera y dulce palabra: *Pius*. Del otro lado del Rhin, al pié de una larga y sombría colina, trece caballos remolcaban lentamente otro buque, á los cuales ayudaban sus dos grandes velas triangulares hinchadas por el viento de la noche. El paso medurado del tiro, el ruido de los cascabeles y el chasquido de los látigos llegaban hasta mí. Una ciudad blanca se perdía á lo lejos en la bruma, y en lontananza, hácia el Oriente, en el último límite del horizonte, la luna llena, roja y redonda como un ojo de ciclope, aparecía entre dos párpados de nubes en la frente del cielo.

¿Cuánto tiempo caminé así, absorto en el sueño de toda la naturaleza? Lo ignoro. Pero la noche había cerrado completamente, la campiña estaba enteramente desierta, la luna resplandeciente tocaba casi en el zenit cuando me desperté, por decirlo así, al pié de una eminencia, coronada en su cima de un pequeño bloque oscuro, alrededor del

cual se perfilaban líneas negras imitando, unas horcas y otras mástiles con sus vergas transversales. Yo subí hasta allí, pasando por encima de las yerbas de un campo de legumbres recientemente cortadas. Este bloque, colocado sobre un grueso circular de mampostería, era una tumba envuelta por una andamiada.

Para quién era esa tumba? ¿Por qué esa andamiada?

En el grueso de mampostería había practicada una puerta cimbrada y baja, groseramente cerrada por una trabazón de tablas. Llamé con la contera de mi bastón: el habitante dormido no me contestó.

Entonces por una rampa suave, tapizada de un césped espeso y sembrado de flores azules, que la luna llena parecía haber hecho abrir, subí al grueso circular y miré la tumba.

Un gran obelisco truncado, colocado sobre un enorme dado figurando un sarcófago romano, el todo, obelisco y dado, de granito azulado; alrededor del monumento y hasta su remate, una delgada armadura atravesada por una larga escala; las cuatro caras del lado quebradas y abiertas, como si se las hubiesen arrancado cuatro bajo-relieves; aquí y allá, á mis piés, en la plataforma circular, losas de granito azul rotas, fragmentos de cornisas, restos de entablamentos, esto es lo que la luna me mostraba.

Dí la vuelta á la tumba, buscando el nombre del muerto. En las tres primeras fachadas no había nada; en la cuarta ví esta dedicatoria en letras de cobre, que chispeaban: *El ejército del Sambra y Mosa á su general en jefe*; y por bajo de estas dos líneas la claridad de la luna me permitió leer este nombre, más indicado que escrito:

HOCHE.

Las letras habían sido arrancadas, pero habían dejado su vaga huella en el granito.

Este nombre en este lugar, á esta hora, visto á esta claridad, me causó una impresión profunda é inexplicable.

Siempre he amado á Hoche.

Hoche fué, como Marceau, uno de esos jóvenes, grandes hombres bosquejados, por los que la Providencia, que quería que la revolución venciese y la Francia dominase, preludiaba á Bonaparte; ensayos malogrados á lo mejor, pruebas incompletas, que el destino rompió tan pronto como sacó enteramente de la

sombra el perfil acabado y severo del hombre definitivo.

Aquí es, pues, pensaba yo, donde murió Hoche.—Y la fecha heroica del 18 de Abril de 1797 se presentó á mi espíritu.

Ignoraba dónde estaba. Paseé una mirada al rededor de mí. Al Norte tenía una gran llanura; al Sur, á un tiro de fusil, el Rhin; y á mis piés, debajo del montecillo, que era como la base de esta tumba, un pueblo, en cuya entrada se alzaba una vieja torre cuadrada.

En este momento un hombre atravesaba un campo á algunos pasos del monumento; á la ventura le pregunté en francés el nombre del pueblo. El hombre, que era soldado viejo quizá, porque la guerra, lo mismo que la civilización, ha aprendido nuestra lengua en todas las naciones del mundo, el hombre me gritó: Weiss Thurm, y después desapareció detrás de un cercado.

Estas dos palabras *Weiss Thurm* significan *torre blanca*; al punto me acordé de la *Turris Alba* de los romanos.

Hoche ha muerto en un lugar ilustre. Por aquí, por este mismo sitio, hace dos mil años que César pasó el Rhin por la primera vez.

¿Qué hace esa andamiada en ese monumento? Lo restaura? Lo degrada? No lo sé.

Escalé el basamento, y agarrándome á la armadura, por una de las cuatro aberturas practicadas en el dado miré en la tumba. Era un pequeño recinto cuadrangular, desnudo, siniestro y frío. Un rayo de luna penetraba por una de las grietas y dibujaba en la sombra una forma blanca, derecha y de pié contra el muro.

Entré en este recinto por la estrecha tronera bajando la cabeza y caminando con las rodillas. Allí ví en el centro del pavimento un agujero redondo, ancho y lleno de tinieblas. Por este agujero, sin duda, se bajó en otro tiempo el fétetro á la cavidad inferior. Una cuerda colgaba allí y se perdía en la noche. Me acerqué, aventuré mis miradas en ese agujero, en esa sombra, en esa cavidad; busqué el fétetro; no ví nada.

Apenas distinguí el vago contorno de una especie de alcoba fúnebre, tallada en la bóveda, que se dibujaba en la penumbra.

Allí permanecí largo tiempo, sumidos vanamente el ojo y el espíritu en ese doble misterio de la muerte y de la noche. Una especie de aliento helado salía del

agujero de la cavidad como de una boca abierta.

No podré explicar lo que pasaba por mí. Esta tumba tan bruscamente encontrada, ese gran nombre inesperado, ese recinto lúgubre, esa cavidad habitada y vacía, esa andamiada que entreveía por la brecha del monumento, esa soledad y esa luna envolviendo el sepulcro, todas esas ideas se presentaban á la vez en mi pensamiento y lo llenaban de sombras. Una profunda piedad me oprimía el corazón. ¡Hé aquí en lo que vienen á parar los muertos ilustres desterrados ú olvidados en el suelo extranjero! Ese trofeo fúnebre levantado por todo un ejército está á la merced del transeunte. El general francés duerme lejos de su país en un campo de legumbres, y albañiles prusianos hacen lo que se les antoja en su tumba.

Me parecía oír salir de este monton de piedras una voz que decía: *Es preciso que la Francia recobre el Rhin.*

Una media hora despues estaba en el camino de Andernach, del cual me habia alejado unos cinco cuartos de hora.

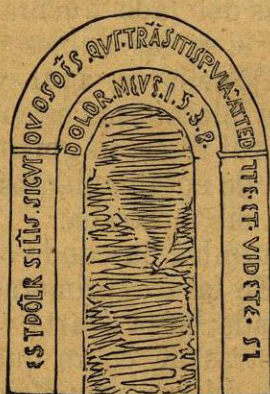
No comprendo á los aficionados á viajar. Este es un sitio admirable. Acabo de recorrer el país, que es soberbio. De lo alto de las colinas la vista abraza un circo de gigantes, del Siebengebürge á las crestas de Ehrenbreitstein. Aquí no hay una piedra de los edificios que no sea un recuerdo, ni un detalle de paisaje que no sea una gracia. Los habitantes tienen esa cara afectuosa y buena que alegra al extranjero. La posada (el *Hotel del Emperador*) es excelente entre las mejores de Alemania.

Andernach es una ciudad encantadora, y no obstante, Andernach es una ciudad desierta; no se vé nadie en ella.

Se vá adonde acude la gente, á Coblenza, á Baden, á Mannheim; no se vá donde está la historia, donde está la naturaleza, donde está la poesía, á Andernach.

He vuelto por segunda vez á la iglesia. La ornamentacion bizantina de los campanarios es de una riqueza rara y de un gusto á la vez salvaje y exquisito. La portada meridional tiene chapiteles extraños y una gruesa moldura-arquivolta profusamente rameada. El tímpano de ángulo obtuso lleva una pintura bizantina de la *Crucifixion*, todavía perfectamente visible y distinta. En la fachada, al lado de la puerta ojiva, un bajo-relieve pintado, que es del Renaci-

miento, representa á Jesús de rodillas, con los brazos extendidos y en la actitud del espanto. Alrededor suyo giran y se mezclan, como en un sueño horrible, todos los objetos terribles de que vá á formarse su pasion: el manto irrisorio, el cetro de caña, la corona de espinas, los azotes, las tenazas, el martillo, los clavos, la escalera, la lanza, la esponja de hiel, el perfil siniestro del mal ladron, la máscara lívida de Judas con la bolsa al cuello; en fin, ante la vista del Divino Maestro la cruz, y entre los brazos de la cruz, como la suprema tortura, como el dolor más punzante entre todos los dolores, una columnita, en lo alto de la cual se yergue el gallo que canta, es decir, la ingratitud y el abandono de un amigo. Este último detalle es admirablemente bello. Representa toda la gran teoría del sufrimiento moral, peor que el sufrimiento físico. La sombra gigantesca de los dos grandes campanarios se esparce sobre esta sombría elegía. Alrededor del bajo-relieve el escultor ha grabado una inscripcion, que he copiado:



O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor similis sicut dolor meus. 1538.

Delante de esta severa fachada, á algunos pasos de esa doble lamentacion de Job y de Jesús, hermosos niños, alegres y sonrosados, retozaban en una alfombra verde y hacian comer, dando grandes gritos, á un pobre conejo amansado, pero á la vez asustado. Ni un alma pasaba por el camino.

Hay una segunda y buena iglesia en Andernach. Esta es gótica. Es una nave del siglo catorce, hoy transformada en cuadra de cuartel y guardada por soldados de caballería prusianos, con el sable empuñado. Por la puerta entreabierta se apercibe una larga fila de ancas de caballos, que se pierden en la sombra de las capillas. Encima del frontispicio se lee: *Sancta Maria, ora pro nobis*. Al presente son los caballos los que lo dicen.

Yo hubiera querido subir á la curiosa torre que veo desde mi ventana, y que es, segun todas las apariencias, el antiguo vigia de la ciudad; pero la escalera está rota y las bóvedas están quebrantadas. Creí conveniente renunciar á ello. Por lo demás, esta magnífica ruina tiene



EL RHIN EN DRACHENFELS

tantas flores, tan preciosas flores, flores dispuestas con tanto gusto y entretajadas con tanto cuidado en todas las ventanas, que se la creeria habitada. En efecto, estaba habitada, habitada por la más coqueta y la más feroz á la vez de las vecinas, por esa dulce hada invisible que se aloja en todas las ruinas, que las toma para ella, y para ella sola; que desfonda todos los pisos, todos los techos, todas las escaleras, á fin de que el paso del hombre no descomponga los nidos de los pájaros, y que pone en todas las ventanas y delante de todas las puertas macetas de flores, que ella sabe hacer, como hada que es, con toda vieja piedra excavada por la lluvia ó mellada por el tiempo.

CARTA XIV.

El Rhin.

Diversas declaraciones de amor á las cosas de la creacion.—El autor cita á Boileau.—Grupo de todos los rios.—Historia.—Los volcanes.—Los celtas.—Los romanos.—Las colonias romanas.—Cuáles son las ruinas que habia en el Rhin hace mil doscientos años.—Carlo-Magno.—Fin del Rhin histórico.—Principio del Rhin fabuloso.—Mitología gótica.—Hervidero de leyendas.—Lo horrible y lo encantador mezclado bajo mil formas en una luz fantástica.—Enumeración de las figuras quiméricas.—Las fábulas palidecen; el día se muestra; la historia reaparece.—Lo que hacen cuatro hombres sentados en una piedra.—Rhens.—Triple nacimiento de tres grandes cosas casi en el mismo lugar y en el mismo instante.—El Rhin religioso y militar.—Los príncipes eclesiásticos formados de los mismos elementos que el Papa.—Quién usurpa á quién sus facultades.—Los condes palatinos protestan por medio de las condesas palatinas.—Establecimiento de las órdenes de caballería.—Nacimiento de las ciudades mercantiles.—Ladrones gigantes del Rhin.—Los burgraves.—Lo que hacen en este tiempo las cosas invisibles.—Juan Huss.—Doucin.—Nace un hecho en Nurenberg.—Nace otro hecho en Estrasburgo.—Vá á cambiar la faz del mundo.—Himno al Rhin.—Lo que el Rhin era para Homero, para Virgilio y para Shakespeare.—Lo que es para nosotros.—A quién pertenece.—Recuerdos históricos.—Pipino el Breve.—El imperio de Carlo-Magno comparado con el imperio de Napoleon.—Explicacion de la manera cómo se ha dislocado de siglo en siglo y de fragmento en fragmento el imperio de Carlo-Magno.—Cómo dispuso Napoleon el Rhin en la parte que él tomó parte.—Recapitulación.—Las cuatro fases del Rhin.—El Rhin simbólico.—A qué grande hecho tiene parecido.

San Goar 17 Agosto.

Tú sabes, porque te lo he dicho mil veces, el gran cariño que profeso á los rios. Los rios conducen y arrastran las ideas lo mismo que las mercancías. Todo tiene su papel magnífico en la creacion. Los rios, como inmensos clarines, cantan al Océano la belleza de la tierra, el cultivo de los campos, el esplendor de las ciudades y la gloria de los hombres.

Y, tambien te lo he dicho, entre todos

TOMO IV.

los rios, el que más me seduce es el Rhin. La primera vez que ví el Rhin fué el año último en Kehl, pasando el puente de barcas. La noche se echaba encima y el coche iba al paso. Recuerdo que experimenté cierto respeto al atravesar el viejo rio. Hacia mucho tiempo que tenia vivísimos deseos de verle. Puedo asegurar que siempre me causa emocion entrar en comunicacion, ó, mejor dicho, en comunión, con esas grandes cosas de la naturaleza, que son tambien grandes cosas en la historia. Añade á esto que los objetos más raros me ofrecen, yo no sé por qué, afinidades y armonías extrañas. ¿Te acuerdas, amigo mio, del Ródano en la Valserina?—Nosotros lo vimos juntos en 1825, en ese delicioso viaje á la Suiza, que es uno de los recuerdos luminosos de mi vida. ¡Entonces teníamos veinte años!—¿Recuerdas tú el grito de rabia, el rugido feroz que lanzaba el Ródano al precipitarse en el abismo, al mismo tiempo que el frágil puente de madera temblaba bajo nuestros piés? Pues bien, desde aquella época el Ródano despertó en mi espíritu la idea del tigre; el Rhin despertó la idea del leon.

Desde aquella noche en que ví el Rhin por primera vez, esta idea no se ha modificado. Largo rato contemplé ese soberbio y noble rio, violento, pero sin furor; salvaje, pero majestuoso. Estaba hinchado y magnífico cuando yo lo atravesé, y enjugaba en las barcas del puente su melena leonada, su *barba fangosa*, como dijo Boileau. Sus dos orillas se perdian en el crepúsculo. Su ruido era un rugido poderoso y apacible. Yo le encontré algun parecido con el que se siente en alta mar.

Sí, amigo mio, es un rio noble, feudal, republicano, imperial, digno de ser á la vez francés y alemán. Encierra toda la historia de la Europa, considerada bajo esos dos grandes aspectos, en ese rio de los guerreros y de los pensadores, en esa ola soberbia que hace saltar á la Francia, en ese murmullo profundo que hace soñar á la Alemania.

El Rhin lo reúne todo. El Rhin es rápido como el Ródano, ancho como el Loire, encajonado como el Mosa, tortuoso como el Sena, límpido y verde como el Somme, histórico como el Tíber, real como el Danubio, misterioso como el Nilo, sembrado de granos de oro como un rio de América, cubierto de fábulas y fantasmas como un rio de Asia.

Antes que se escribiese la historia, an-

tes tal vez que el hombre existiese, donde hoy está el Rhin humeaba y relucía una doble cadena de volcanes que se han apagado, dejando en el suelo dos montones de lava y de basalto colocados paralelamente como dos largas murallas.

En la misma época, las cristalizaciones gigantescas, que son las montañas primitivas, acababan de formarse; los aluviones enormes, que son las montañas secundarias, se desecaban; el espantoso monton, que hoy llamamos los Alpes, se enfriaba lentamente y las nieves se acumulaban en él; dos grandes corrientes de estas nieves se esparcieron por la tierra: una, la corriente de la vertiente septentrional, atravesó las llanuras, encontró la doble zanja de los volcanes apagados y se corrió por allí al Océano; otra, la corriente de la vertiente occidental, cayó de montaña en montaña, flanqueó ese otro bloque de volcanes muertos que llamamos l'Ardèche y se perdió en el Mediterráneo. La primera de estas corrientes es el Rhin; la segunda es el Ródano.

Los primeros hombres que la historia vé asomar en las orillas del Rhin es esa gran familia de pueblos semisalvajes que se llamaban *Celtas* y que Roma llamó *Galos*; *qui ipsorum lingua CELTÆ, nostra vero GALLI vocantur*, dice César. Los Rauraques se establecieron más cerca de la fuente de su origen, los Argentoraques y los Maguncianos más cerca de la embocadura. Despues, cuando llegó su hora, Roma apareció: César pasó el Rhin; Druso edificó sus cincuenta ciudadelas; el cónsul Munacio Planco empezó una ciudad sobre la cima septentrional del Jura; Marcio-Vipsanio Agrippa construyó un fuerte delante de la rompiente del Mein, y despues estableció una colonia frente por frente de Tuitium; el senador Antonio fundó en tiempo de Nerón un municipio cerca de la mar bátava, y todo el Rhin estuvo bajo el poder de Roma. Cuando la vigésima-segunda legion, que habia acampado debajo de los mismos olivares donde agonizó Jesucristo, volvió del sitio de Jerusalén, Tito la envió al Rhin. La legion romana continuó la obra de Marcio Agrippa; una ciudad parecia que era necesaria á los conquistadores para ligar el Melibreis al Taunus; y Moguntiacum, trazada por Marcio, fué construida por la legion y luego fué agrandada por Trajano y embellecida por Adriano.

¡Cosa pasmosa y que es preciso consignar!

Esa vigésima-segunda legion habia

llevado en sus filas á Crescencio, que fué el primero que llevó la palabra de Cristo al Rhingau y el que fundó allí la religion nueva. Dios queria que estos hombres ciegos, que habian volcado la última piedra del templo en el Jordán, colocasen la primera piedra en el Rhin.

Despues de Trajano y Adriano vino Juliano, que levantó una fortaleza en la confluencia del Rhin y del Mosela: despues de Juliano, Valentiniano, que erigió castillos sobre los dos volcanes apagados que llamamos el Lowemberg y el Stromberg; y así se encontró formada y consolidada en pocos siglos, como una cadena remachada en el rio, esa larga y robusta línea de colonias romanas, Vinicella, Altavilla, Lorca, Trajani Castrium, Versalia, Mola Romanorum, Turris Alba, Victoria, Rodobriga, Antoniacum, Senticum, Rigodulum, Rigomagum, Tulpetum, Broilum, que parte de la Cornu Romanorum al lago de Constanza y baja por el Rhin apoyándose en Augusta, que es Basilea; en Argentina, que es Estrasburgo; en Moguntiacum, que es Maguncia; en Confluentia, que es Coblenza; en Colonia Agrippina, que es Colonia; y vá á reunirse cerca del Océano con Trajectum-ad-Mosam, que es Maëstricht, y con Trajectum-ad-Rhenum, que es Utrech.

Desde entonces el Rhin fué romano; fué el rio que bañaba la provincia helvética ulterior, la primera y la segunda Germania, la primera Bélgica y la provincia bátava.

El galo cabelludo del Norte, que iba á ver por curiosidad en el siglo tercero al galo de toga de Milán y al galo trabajador de Lyon, el galo cabelludo fué domado. Los castillos romanos de la orilla izquierda tenian á raya la orilla derecha, y el legionario vestido de paño de Tréveris y armado de partesana de Tongres, no tuvo más que vigilar desde lo alto de las rocas el viejo carro de guerra de los germanos, maciza torre rodadera, con las ruedas armadas de guadañas, con la lanza erizada de picas, arrastrada por bueyes, almenada por diez arqueros, que se aventuraban algunas veces á llegar al otro lado del Rhin, hasta ponerse al alcance de la ballesta de las fortalezas de Druso.

Ese espantoso paso de los hombres del Norte á las regiones del Mediodía, que se renueva fatalmente en ciertas épocas climatéricas de la vida de las naciones, y que se llama Invasión de los Bárbaros,

vió sumergir á Roma cuando llegó el instante en que Roma debia transformarse. La barrera granítica y militar de las ciudadelas del Rhin fué arrasada por ese desbordamiento, y hubo un momento, hácia el siglo sexto, en que las crestas del Rhin fueron coronadas de ruinas romanas, como lo están hoy de ruinas feudales.

Carlo-Magno restauró esos escombros, rehizo esas fortalezas, opuso á las viejas hordas germanas que renacian con otros nombres á los Boemans, á los Abodritas, á los Welebates, á los Sarabes; construyó en Maguncia, donde fue enterrada su mujer Fastrada, un puente de pilares de piedra, donde se ven todavía, segun se dice, las ruinas debajo del agua; levantó el acueducto de Bonn; reparó las vias romanas de Victoria, hoy Neuwied; de Bacchiara, hoy Bacharach; de Vinicella, hoy Winkel, y de Thronus-Bacchi, hoy Trarbach; y se edificó él mismo con los restos de un baño de Juliano un palacio, el Saal, en Nieder-Ingelheim. Pero á pesar de todo su génio y de toda su voluntad, Carlo-Magno no hizo más que galvanizar los huesos. La vieja Roma estaba muerta. La fisonomía del Rhin habia cambiado.

Como ya he indicado más arriba, bajo la dominación romana un germen desapercebido habia sido depositado en el Rhingau. El cristianismo, esa águila divina que comenzaba á desplegar sus alas, habia puesto en esas rocas su huevo, que contenia un mundo. Imitando el ejemplo de Crescencio, que, desde el año 70, evangelizaba el Taunus, San Apolinar habia visitado Rigomagum, San Goar habia predicado en Bacchiara, San Martin, obispo de Tours, habia catequizado Confluentia; San Materno, antes de ir á Tongres, habia habitado en Colonia; San Eucharius se habia construido una ermita en los bosques cerca de Tréveris, y en los mismos bosques San Gezelin, en pié durante tres años junto á una columna, habia luchado cuerpo á cuerpo con una estatua de Diana, que habia acabado por hacer desplomar, digámoslo así, mirándola. En el mismo Tréveris muchos cristianos oscuros habian muerto con la muerte de los mártires en el patio del palacio de los prefectos de la Galia, y se habia lanzado su ceniza al viento; pero esta ceniza era una semilla.

El grano estaba en el surco, pero en tanto que duró el paso de los bárbaros nada brotó.

Muy al contrario, se verificó un des-

moronamiento profundo, en que la civilización pareció caer; la cadena de las tradiciones ciertas se rompió; la historia pareció borrarse; los hombres y los acontecimientos de esta sombría época atravesaron el Rhin como sombras, arrojando apenas en el rio un reflejo fantástico, desvanecido tan pronto como apercebido.

De aquí nace para el Rhin, despues de un período histórico, un período maravilloso.

La imaginación del hombre, mucho más que la naturaleza, no acepta el vacío. Donde se apaga el ruido humano, la naturaleza hace charlar los nidos de los pájaros, cuchichear las hojas de los árboles y murmurar las mil voces de la soledad. Donde cesa la certidumbre histórica, la imaginación hace vivir la sombra, el sueño y la apariencia. Las fábulas vegetan, crecen, se entremezclan y florecen en las lagunas de la historia desplomada, como las ogiacantas y las gencianas en las grietas de un palacio arruinado.

La civilización es como el sol; tiene sus noches y sus dias, sus llenos y sus eclipses; desaparece y reaparece.

Desde que una alborada de civilización renaciente comenzó á despuntar por el Taunus, hubo en las orillas del Rhin un adorable murmurio de leyendas y de fábulas; en todos los puntos iluminados por ese rayo lejano, mil figuras sobrenaturales y encantadoras resplandecieron de repente, en tanto que en los puntos sombríos las formas horribles y los fantasmas espantosos se agitaron. Entonces, mientras que se construyeron con bellos basaltos nuevos, al lado de los escombros romanos, hoy borrados, los castillos sajones y góticos, hoy desmantelados, toda una población de seres imaginarios, en comunicacion directa con las hermosas jóvenes y agraciadas caballerías, se esparcia por el Rhingau: las oreadas, que se apoderaron de los bosques; las ondinas, que ocuparon las aguas; los gnomos, que se escondieron dentro de la tierra; el espíritu de las rocas; el valenton; el cazador negro atravesando los jarales montado sobre un gran ciervo de diez y seis mogotes; la concha marina del pantano negro; las seis conchas pequeñas del pantano rojo; Wodan, el dios de las diez manos; los doce hombres negros; el estornino que proponia enigmas; el cuervo que graznaba su canción; la urraca que referia la historia de su abuela; los marrachos del Zeitelmoos; Everardo el Barbudo, que aconsejaba á los principes